

Dignos Señores y Señoras Académicos,
Señoras y Señores,

En este mundo, tan tanto singular de las Academias, pesamos, como en la vida humana, sin transición ni descanso, de la soledad a la luz, del dolor al gozo.

**DISCURSO DEL
EXCMO. SR. D. RAFAEL MANZANO MARTOS,
contestando al de recepción del
Sr. Población Knappe**

Elungero, como el Santo Patriarca, ejemplo de espumas, ha sabido en su larga vida, razón de doctores. A pocas palabras he visto a los que las pruebas que Dios le ha enviado, venciendo a las lo firmemente se podría con la energía de su capacidad de trabajo personal, gracias al servicio de su vocación imponente y apasionante de aprendizaje. De él son compañeros que la ternura de la gran compañía que Dios le dio para su vida. «Comunio, Comunio, ¿por qué se perdieron Comunio? Ella, vivió en el corazón del barrio de San Bernardo, de Sevilla con su casa sencilla por sus hermanos, los más grandes artistas sevillanos de la tauromaquía, Pepe Laro y Alando Vázquez. Ella, Comunio, lo vinculó también para siempre a esta ciudad, Sevilla, lugar de paso inextinguible de los que, como Euterico,

Excmos. Señoras y Señores Académicos.

Señoras y Señores:

En este mundo, un tanto singular de las Academias, pasamos, como en la vida humana, sin transición ni descanso, de la sombra a la luz, del dolor al gozo.

Hace tan solo tres días dábamos sepultura, -tú estabas allí, querido Eleuterio-, a un gran compañero inolvidable, Fernando Chueca Goitia, en quien, se daba la circunstancia de que, entre las múltiples academias españolas y extranjeras que le llamaron a su seno, se contaba la nuestra de Santa Isabel de Hungría, a la que perteneció, como tu desde hoy, en el estamento sumo y restringido de sus Académicos de Honor. Alguna vez he comparado estos avatares de la vida académica con los "Siete Dolores y Gozos" con que la Iglesia honra la memoria del glorioso patriarca San José. Tu presencia hoy aquí, tantas veces aplazada por hondos dolores familiares, significa que hoy gozas de días de calma en tu dura existencia, que te deseamos sean largos y fecundos en tu obra y en tu vida.

Eleuterio, como el Santo Patriarca, ejemplo de esposos, ha sido en su ya larga vida, varón de dolores. A pocos hombres he visto luchar contra las pruebas que Dios le ha enviado, vencéndolas hasta lo humanamente posible con la energía de su capacidad de trabajo personal, puesto al servicio de su vocación apasionada y apasionante de arquitecto. Dolores compartidos con la ternura de la gran compañera que Dios le dio para esta vida, -Consuelo, Consuelo, ¿por qué te pusieron Consuelo? Ella, nacida en el corazón del barrio de San Bernardo, de Sevilla vio su cuna mecida por sus hermanos, los más grandes artistas sevillanos de la tauromaquia, Pepe Luis y Manolo Vázquez. Ella, Consuelo, lo vinculo también para siempre a esta ciudad, Sevilla, lugar de paso inexorable de los que, como Eleuterio,

nacieron en Huelva, y encontraron su "alma mater" universitaria y su gran campo de ejercicio profesional en la dorada corte de Madrid, rompeolas magnífico de todas las Españas.

Nuestro académico, llegó a Madrid en años de carestías y de postguerra, a una Escuela de Arquitectura, que en días de plena involución de España, reflejaba sus ideales arquitectónicos en caducas formas del pasado. Eran los días en que el simbólico Ministerio del Aire, de un arquitecto de tan alta calidad como Luis Gutiérrez Soto, suplantaba volúmenes escurialenses y que, en las aulas de nuestra Escuela, como primer trabajo de composición arquitectónica, se proponía el trazado de una gran hornacina de fondo de un jardín, escoltada por sendas columnas de un inexorable orden dórico.

Eleuterio Población fue adelantado de esa generación de estudiantes de arquitectura que, con su barba de joven progresista, reaccionó contra la imposición nacionalista de aquel arte de postguerra, definido en un libro hoy de todos olvidado; "La Arquitectura Imperial", de un mediocre arquitecto, Diego Reina. Aquella generación, de los García de Paredes, Rafael de la Hoz, Javier Carvajal, Miguel Fisac y unos muy pocos más, fueron capaces de renovar aquellas gastadas estructuras y devolverlas a los caminos perdidos de la tradición moderna, que tan excelentes frutos había producido en la España anterior a la guerra.

Por fin, y tras no pocos avatares en su carrera, en la que aquellos jóvenes avanzados de ideas hicieron saltar de su silla al entonces director de la Escuela, nuestro recipiendario alcanzaba el soñado título de arquitecto en 1954, lanzándose inmediatamente a su gran aventura profesional, rica y variada, imposible de reducir a los estrechos límites de este discurso.

Desde sus años de carrera, en la que asistió, como yo lo haría años después, a un curso de escultura en la escuela de Artes y Oficios con el inolvidable Ángel Ferrant, fue un concursante nato, ganando un primer premio de acuarelas en el año 52, y sendos concursos nacionales de urbanismo en Tenerife y Madrid en el mismo año de la terminación de sus estudios.

Ello le llevó por los caminos de una vocación de urbanista, pionera en España; con una clara visión global de la arquitectura y de su integración en la ciudad.

De entre sus éxitos obtenidos en el limpio campo de batalla del concurso arquitectónico, quiero citar el del edificio Beatriz de Madrid para sede del Banco Popular, por ser uno de sus más bellos logros arquitectónicos.

Y por referirme a su obra en nuestra ciudad, recordaré su triunfo en el concurso para el Gran Teatro de la Opera en la Expo-92 de Sevilla, frustrado luego por lamentables intereses políticos. Como consuelo quedó su éxito en el convocado por la CEOE para el Auditorio de la misma Exposición, felizmente terminado, y que después de un cierto tiempo de desuso y abandono se ha intentado recientemente cerrar y cubrir para su uso permanente. Hace tan solo un año nos deleitaba con la presentación de este proyecto, interesante y esencial, concebido con los más altos avances de la tecnología arquitectónica.

También en el famoso Concurso de Ampliación del Museo del Prado, cuyas obras avanzan hoy por tan inciertos caminos, tuvo éxito como finalista, y recibió luego la invitación para una prueba definitiva que resultó de altísima calidad compositiva.

Eleuterio ha cultivado muy diversos géneros arquitectónicos. El urbanismo, la vivienda social y la gran arquitectura de alta tecnología. A mí siempre me ha interesado su aportación a la vivienda modesta, donde ha alcanzado con mínimos recursos económicos y constructivos altas cotas de belleza, habitabilidad y calidad arquitectónica. Quizás Eleuterio sea el arquitecto que más número de viviendas haya construido en nuestra ciudad. El núcleo de Santa Cecilia, sus bloques de viviendas y locales comerciales en Eduardo Dato, los de la plaza del Capitán Cortés, o de los Remedios, y los de la calle María Niño. A ellos súmensele dos grandes conjuntos, la llamada "Ciudad de los Condes de la Rochelambert" y el núcleo "Santa María de Ordaz". A mí siempre me han entusiasmado las viviendas del de Santa Cecilia, por su economía, perfección, pureza y concepción minimalista.

Lo que decimos de nuestra ciudad es paralelo a sus grandes realizaciones en Madrid, Huelva, Murcia, o Guadalajara, en obras donde todo está aquilatado, dimensionado, y modulado en función de sus elementos constructivos, incluso del enlosado o de los azulejos de los cuartos de baño. Creo que nadie ha apurado con tanta perfección el campo modesto pero esencial en arquitectura de la vivienda social.

Pero además nuestro nuevo académico ha realizado grandes edificios, especialmente para hoteles, oficinas y grandes industrias. En ellos es donde ha penetrado el mundo mágico y complejo de la más alta tecnología. En estas obras la exigencia de síntesis, coordinación, dominio de nuevas técnicas, y capacidad de orquestación, en suma, desborda los normales saberes del arquitecto medio.

Hoteles de costa, como el famosísimo Don Pepe de Marbella, la serie para Meliá, en Casablanca, Marrakech, Anfa o Agadir todos ellos en Marruecos, o la otra serie caribeña, en Venezuela, como el Hotel Puerto de la Cruz, el Margarita o el Caribe Palace de la capital. También hoteles de ciudad como los dos Eurobuildings de Madrid, el Luz Sevilla, el Imperial Tarraco, el Meliá Barcelona, o el Meliá Valencia; el Center de Granada o su proyecto para el Osuna de Sevilla, son aportaciones de alta calidad que supieron renovar con modernidad y gracia los caminos de la hostelería española y su proyección americana.

Similar sería la gran serie de edificios de oficinas, laboratorios, grandes comercios o fábricas de confección textil. De la versatilidad de su arquitectura es ejemplar la transformación que supo realizar de un edificio suyo, de carácter industrial en la calle de la Alameda de Madrid, para convertirlo en el Centro de Altos Estudios Arquitectónicos de la Fundación Antonio Camuñas, institución en la que, además de socio fundador y miembro de su consejo académico, ha sido docente en cursos "master" de postgrado, vena docente que ya había cultivado en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, donde durante muchos años impartió clases de proyectos y de dirección de los proyectos de fin de carrera.

Por supuesto también ha trabajado el género menor de la vivienda unifamiliar, -el chalet-, desde aquel que labró con amor en Puerta de Hierro para Consuelo Vázquez, y que fue largos años su hogar, a otros muchos en Madrid y en nuestras Costas, pasando por uno en Sevilla, en la urbanización Las Canteras, donde viví horas inolvidables con mi gran amigo José María Navarrete Urieta, el que fueron gran catedrático de Derecho Penal en nuestra universidad.

Como siempre Eleuterio ha atendido con el mismo amor lo grande y lo pequeño, y a todo le ha dado trascendencia arquitectónica. A veces incluso gozándose en lo pequeño. Hace un par de años me enseñaba con satisfacción profesional el proyecto de un modestísimo chalet de ciento veinte metros en Marbella, de planta rigurosamente cuadrada, y bellísima geometría de cubiertas, tan perfecta y acabada como un templo clásico.

Porque Eleuterio es un clásico, un griego, que trasciende por encima de la pureza y elementalidad de las formas. Eleuterio es también un navegante solitario, un argonauta que con su viejo "praho", el Mariana, ha encontrado su refugio espiritual en la soledad del mar Mediterráneo, y como un nuevo Odiseos, ha dominado las tormentas del proceloso Mare

Nostrum, y ha arribado a las costas griegas, y latinas, y hasta del oriente mediterráneo, para beber desde el mar las bellezas del mundo clásico, navegando en la ruta inversa a la de Kolaïos, para volver y embarrancar de nuevo en el eterno mar, también vencido, gaditano.

Por eso junto a su gran aventura de modernidad también supo gozar de las mieles arquitectónicas del pasado, y ha sido un hábil restaurador de edificios antiguos.

En las obras de restauración que realizó aquí en Sevilla, en vísperas de la Exposición del año 1992, fui su compañero de aventura, ¡y que gran compañero! La mejor compañía en días para mí muy amargos, tal vez el único que quiso compartir en aquellos momentos conmigo su propia vida profesional. Fueron casas viejas de más o menos calidad en las calles de Pajaritos, Trajano, Progreso, Águilas o Viejos, realizadas también bajo el impulso de un pequeño grupo de amigos inolvidables.

Hoy ingresa en nuestra Academia con un precioso discurso, -Arquitectura y Música-, en que pone en paralelo los íntimos secretos de las dos artes más abstractas, en plena coherencia con lo que ha sido la obra de su vida. Eleuterio ha hecho una arquitectura pura, transparente, con ritmos y contrapuntos muy próxima a la música, de modulación matemática y -al menos yo así lo veo-, muy próxima a la teoría del templo griego. Poco puedo añadir a la bella síntesis de su discurso. Fueron los griegos los que heredaron de la antigüedad egipcia los primeros conocimientos científicos, Ellos dieron la sistemática moderna a las ciencias de la naturaleza, y de los hechos físicos y de los seres individuales trascendieron a lo genérico, a la ontología y la metafísica. Y también a lo numérico, la aritmética y la matemática. Ellos inventaron la geometría y Pitágoras profundizó en la teoría del triángulo que se hizo arquitectura en las tijeras de las armaduras de los templos y "bouleterios" griegos. En aquel momento de eclosión de las matemáticas, buscaron en el número y en las relaciones de determinadas series numéricas los íntimos secretos de la belleza y de la divina proporción, para encontrar los cánones de la misma, llevándolos a sus obras de arte. Policleytos dedujo el canon de la belleza escultórica masculina, que plasmó en su Doríforo. Praxíteles debió investigar el de la eterna belleza femenina, e Hipódamos de Mileto el de la perfección geométrica de la planta urbana. Sobre ella nos dio magistral lección, en esta misma aula que hoy nos acoge, otro inolvidable Académico de Honor, Luis Cervera Vera.

En la época clásica también surgirían otros cánones teóricos de la Arquitectura y de la Música. Los de nuestra profesión debieron ser múltiples, y transferirse a Roma a través de las Escuelas Alejandrinas donde se formó Vitrubio, cuyo canon es el único que ha llegado hasta nosotros. Eleuterio nos trae hoy aquí el suyo, tan bello como la melodía del canto gregoriano monacal en una abadía cisterciense, en prodigiosa síntesis de las dos grandes artes abstractas.

Sucedes hoy, -querido Eleuterio-, en esta Academia a otro gran amigo, también perdido e inolvidable, Rafael de la Hoz, al que no quiero dejar también de evocar.

Sé bienvenido a esta tu casa, a esta Real Academia sevillana que te esperaba deseosa de tenerte entre sus miembros.

¡Ojalá convivamos todos juntos entre sus muros por muchos años!

Rafael Manzano Martos